

JULIO CARO BAROJA SUS OBRAS E IDEAS (*)

Davydd Greenwood

(*) El presente estudio, escrito hace ya varios años por su autor, en 1970 ó 1971, forma parte de la “Memoria de Presentación de D. Julio Caro Baroja al Premio Santiago Ramón y Cajal, 1982”, formulada por el Gobierno Autónomo Vasco y la Universidad del País Vasco.

En su texto introductorio, la Memoria contenía una explicación previa de la inclusión del trabajo del Dr. Greenwood, profesor de Antropología de la Universidad de Cornell, USA, y que, por su significado, creemos oportuno reproducirla aquí, haciendo asimismo nuestra la intencionalidad de su contenido:

“Si en cualquier caso las valoraciones corren el riesgo de subjetivismo —no menos equivocado por bien intencionado que fuera—, este riesgo se hace más presente cuando el objetivo resulta una estima competitiva.

Bajo tal consideración, los proponentes hemos optado por reproducir un texto que fue preparado sin tal exigencia y que, por ende, no incurre en pretenciosidad alguna.

Entendemos, por tanto, que la exactitud de estas valoraciones depende, además de su intencionalidad, del conocimiento técnico de la tarea específica de que se trata de describir. También por este concepto resulta indicada la estima del profesor Greenwood.

Y, en tercer lugar, el hecho de ser extranjero y ajeno, en consecuencia, a las formalidades conocidas de la vida académica, el autor de la nota avala una objetividad digna de ser estimada.”

La bibliografía de D. Julio Caro Baroja que el Dr. Greenwood incorporaba al final de su estudio ha quedado aquí sustituida —y actualizada— por la bibliografía que, a continuación de este artículo, hemos incluido debida a D Antonio Carreira.

Asimismo, se han actualizado los epígrafes (al final del presente trabajo) correspondientes a títulos, ejercicio docente y otras actividades de Caro Baroja.

Julio Caro Baroja se destaca como una de las figuras europeas más notables de hoy; sin embargo, el conjunto de sus obras no ha sido todavía objeto de la debida apreciación crítica. El propósito de este ensayo es poner de relieve y analizar algunos aspectos de sus obras que me llamaron la atención como antropólogo cultural extranjero interesado en asuntos españoles y, a la vez, estimular futuras investigaciones sobre estos temas.

Desde el punto de vista práctico, este proyecto nació de mi interés en sus obras y de la dificultad en encontrarlas. Desde el punto de vista teórico, nació de mi encuentro con sus ideas, que forman una perspectiva integrada de las relaciones entre la antropología cultural y la historia social.

El siguiente estudio, aunque breve, demuestra la unidad de sus intereses, una unidad que, al incluir los judíos en la corte de Felipe IV, la numismática, la ciencia lingüística, arqueología, historia rural, tecnología, urbanización, mitología, etc., abarca una visión total del hombre y su mundo cultural. Esta visión tiene un interés especial para los modernos antropólogos culturales, los cuales ahora tratan de incorporar la antropología y la historia dentro de un solo esquema de investigación.

¿Y por qué un americano? A propósito de un estudio que hice de la vida rural vasca leí “Los Vascos”, obra capital de Caro Baroja. Luego, durante esa investigación, recibí constante apoyo y crítica de don Julio. Empecé a leer otras obras suyas y comencé a darme cuenta del alcance que las implicaciones de sus ideas tiene para la antropología cultural.

Los antropólogos culturales americanos y los antropólogos sociales ingleses han ido desarrollando un interés intenso en el estudio de la Europa occidental. Después de casi un siglo de estudio de las sociedades primitivas y campesinas no occidentales, nos encontramos en el extraño trance de comprender mejor la vida social de los aborígenes australianos que la vida social y cultural de los países que han tallado la historia del mundo durante más de

cinco siglos. Además, hemos llegado a darnos cuenta de que entendemos el resto del mundo comparándolo con una idea de nosotros mismos, a menudo, completamente equívoca. Ahora tenemos que poner en perspectiva la vida social y cultural de las poblaciones occidentales antes de poder seguir el estudio comparado de la humanidad de una manera significativa. Y estos estudios tienen que ser a la vez históricos y culturales.

Sin embargo, resulta que la mayoría de las técnicas y teorías de la antropología social y cultural son inútiles para el estudio de Europa. El *structural-functionalism* a menudo se usa como sustituto de datos históricos o trata el pasado como un mero prólogo lógico del presente. Europa nos presenta una riquísima documentación histórica, pero nuestras teorías o excluyen la consideración de esa historia o no nos dan ningún criterio de selección referente al uso de aquella documentación.

En la experiencia formativa de Caro Baroja tenemos de manifiesto la existencia de este problema porque él se entrenó ampliamente en la antropología cultural y social, pero la encontró muy poco adecuada para el estudio de problemas europeos. Ahora se identifica como historiador social para distinguirse de los antropólogos de orientación sincrónica, aunque sigue utilizando algunos conceptos de la antropología en sus estudios de la historia social española. Por lo tanto, su selección de teorías y conceptos, las fuentes que utiliza y los temas que él investiga nos pueden servir a los antropólogos como paradigma, la integración que ha realizado un erudito de la historia y la antropología, para que la exploremos y apliquemos a nuestros estudios de Europa. Es a la luz de estas consideraciones principales que deseo presentar esta apreciación de sus obras e ideas.

LAS OBRAS

El panorama que nos presentan las obras de Caro Baroja es realmente impresionante. Ha escrito ampliamente sobre la historia social en general, la prehistoria, la lingüística, la tecnología, el arte y la literatura popular, la etnología, la historia social de las minorías étnicas, los movimientos sociales, además de ensayos y biografías. Sus estudios abarcan casi todos los períodos históricos, desde la prehistoria hasta el presente. Su enfoque geográfico ha sido España, Africa del Norte y el Mediterráneo en general. Sus publicaciones incluyen unos 23 libros (algunos más si se incluyen monografías) y casi un centenar de artículos y ensayos. Estas obras hablan por sí mismas y no necesitan alabanzas mías. Pocos estudiosos han producido tal diversidad de obras excelentes. Menos aún han explorado tanto temas nuevos.

El presente ensayo sólo puede abarcar una pequeña parte de su producción. Por tanto, he escogido algunos temas generales que merecen más estudio y que pueden formar parte del paradigma para las investigaciones antropológicas.

lógicas de Europa. Más específicamente he excluido la consideración de las obras sobre la prehistoria, la lingüística, la tecnología, la biografía y los ensayos. Además, como estudiante de asuntos vascos, creo que sus obras referentes al País Vasco requieren una consideración aparte. Por tanto, lo que sigue es una selección hecha de acuerdo con criterios muy concisos.

LAS IDEAS

Viejos lugares comunes

Una de las ideas más fértiles de Caro Baroja es el concepto de “viejo lugar común”. Desarrollado específicamente en “La ciudad y el campo o una discusión sobre viejos lugares comunes” (1959), este concepto casi podría servirle a manera de “manifiesto” teórico. Específicamente, en el mencionado artículo desarrolla este concepto del viejo lugar común por medio de una explicación de uno de los más extendidos y equivocados conceptos en el pensamiento occidental: el contraste absoluto que se hace entre la vida de la ciudad y la vida del campo.

La característica más señalada del lugar común es la de afirmar que el mundo funciona de una manera específica con tal certidumbre que hasta los estudiosos más críticos lo usan sin tratar de comprobarlo. El resultado es que el concepto equivocado pasa a través de los siglos (en este caso, el contraste entre la ciudad y el campo desde Platón hasta el presente) casi sin modificación y llega a empañar las investigaciones sobre la vida social.

Además, el lugar común no es sólo un concepto, sino una constelación de ideas. Por ejemplo, el contraste entre la ciudad y el campo descansa sobre otros conceptos relacionados con las fuentes de la dinámica histórica de la sociedad, con la estructura social de la vida urbana y la vida rural y el valor moral de ambos tipos de vida. Específicamente este lugar común no nos ha permitido descubrir la historicidad patente de la sociedad rural, la naturaleza tan variable del ambiente rural y sus efectos sobre el desenvolvimiento de la vida urbana, y ha exagerado los contrastes entre la vida urbana dinámica y la vida rural estática y tradicional. Se ha creído de manera tan implícita que pocas veces ha sido sometido a una prueba directa; sin embargo, en pocas páginas, Caro Baroja llega a comprobar lo poco adecuado que esto resulta para el análisis riguroso de la historia europea.

Lugares comunes como éste, o el de la falta de historicidad de la vida rural, o la tradicionalidad de las gentes rurales, están tan extendidos hasta en nuestras propias definiciones de los problemas que queremos estudiar que no nos damos cuenta de su influencia.

El punto más fuerte en la etnología e historia social de Caro Baroja es casi siempre la crítica de los lugares comunes aceptados, especialmente de los

lugares comunes sobre la historia y la sociedad. El sentido común es una modesta guía en las investigaciones; no obstante guía es, hasta un grado realmente asombroso.

Esto quizá podría interpretarse, por otro lado, como una forma de nihilismo histórico en las obras de Caro Baroja; sin embargo, no lo es. Nos sugiere que atacemos a estos lugares comunes por medio de la provisión consciente de otras interpretaciones basadas en investigaciones empíricas o por medio de la crítica cuidadosa de las anteriores interpretaciones. En este sentido, para Caro Baroja, la historia social es una disciplina crítica, buscando la complejidad en donde el sentido común sólo encuentra claridad. Tampoco quiere decir que tenemos que resignarnos a una especie de particularismo histórico. Orden se puede encontrar en la historia social, pero el orden que encuentra Caro Baroja es de índole distinta al que suponíamos que había.

Esta postura analítica en que se apoya su crítica con una riqueza de documentación e interpretaciones alternas puede considerarse como el fundamento intelectual de sus obras y como la base de una antropología histórica posible. Es a la vez una crítica y una llamada al esfuerzo cooperativo de definir y examinar las suposiciones que empleamos en nuestros estudios.

Ejemplos específicos de este tipo de obra abundan en la bibliografía de Caro Baroja. Algunos de los más importantes son: “Los vascos” (1949), “Razas, pueblos y linajes” (1957), “El carnaval” (1965), “La ciudad y el campo” (1966), “Las brujas y su mundo” (1961), “Los judíos en la España moderna y contemporánea” (1961), “Vidas mágicas e inquisición” (1967), “El señor inquisidor y otras vidas por oficio” (1968), “La hora navarra del siglo XVIII” (1969) y el “Ensayo sobre la literatura de cordel” (1969).

La historia chica

Un aspecto de la obra de Julio Caro Baroja, clave para el antropólogo en vías de entenderse con la historia europea, es el énfasis que pone en la “historia chica”. El término no es suyo. Proviene de la interpretación de la historia francesa hecha por Herbert Luethy, “France Against Herself” (1955). Luethy distingue entre la historia grande, o sea, la historia de la política y diplomacia nacional escrita desde el punto de vista del estado, y la historia de los cambios en la vida de las grandes masas, sobre las cuales las decisiones ejercen un efecto, pero que a su vez ejercen también una influencia considerable, aunque sólo sea por su número, sobre el desenvolvimiento de los asuntos nacionales. Esto último es la historia chica.

A menudo se niega o ignora la existencia o importancia de esa historia chica y las masas, especialmente las masas rurales se tratan como tradicionalistas y ahistóricas. Caro Baroja siempre ha colocado sus estudios de las masas y de la vida rural dentro de un contexto histórico definido y ha insistido en que

esta dimensión histórica tiene un significado enorme para cualquier intento de comprender una nación como ente histórico. El apoyo total de las interpretaciones históricas sobre datos de política, diplomacia y economía estatal, o sea, sobre la historia grande, se puede considerar como una táctica analítica equivocada.

Aunque “La vida rural en Vera de Bidasoa (Navarra)” (1944) y “Los vascos” (1949) se pueden considerar, junto con la mayoría de sus obras etnológicas, como críticas implícitas de la historia grande, sólo recientemente se ha dirigido en sus obras a una crítica explícita. Ejemplos de esto son “Las bases históricas de una economía ‘tradicional’” (1969) y “La hora navarra del XVIII” (1969).

Este enfoque tiene varias implicaciones para el estudio histórico-antropológico de las sociedades europeas. En primer lugar, la historia de los países no es resultado sencillamente de las maniobras políticas de reyes, ministros y burócratas. Sin embargo, la historia grande se refiere casi exclusivamente a estas personas, resultando en una miope interpretación histórica vista sólo a través de la élite urbana. Por otro lado, la historia chica investiga la vida de las masas en las ciudades y en el ámbito rural, los cambios que han sufrido y los cambios que ellos han iniciado. Demuestra que todas las gentes actúan en la historia. Aceptan y rechazan innovaciones, acatan o se resisten a las incursiones del estado en sus asuntos locales y, sobre todo, participan en el proceso histórico, aunque sea en una capacidad distinta de la de los reyes, políticos, generales, burócratas, etc.

Por tanto, cualquier interpretación de la historia nacional que excluye la historia chica es muy limitada. La historia nacional es una relación e interacción entre la historia grande y la historia chica y han de tomarse en cuenta sus efectos recíprocos si hemos de explicar los grandes cambios políticos y sociales que han ocurrido. Esto requiere una redefinición del respectivo papel de los historiadores, sociólogos y antropólogos e implica la necesidad de su futura cooperación en la elaboración más realista de una historia de las naciones europeas.

La fuerza de este argumento se ha demostrado en libros como “Las brujas y su mundo” (1961) y “La hora navarra del XVIII” (1969). Se refleja, además, de modo concreto en las investigaciones antropológico-históricas hechas en Francia por Lawrence Wylie (1964 y 1966).

La historia chica nos enseña la necesidad de separar la interpretación urbana de la historia de los procesos históricos mismos. Además, eleva la importancia de la historia familiar, local y regional en esta empresa porque, estudiada selectivamente, puede abrir dimensiones totalmente nuevas al estudio de la historia nacional. Aquí se unen los métodos, talentos y conocimientos del historiador y el antropólogo cultural, y se abren nuevos panoramas para el estudio de la historia europea.

Formas de localidad

En el estudio de la vida social, Caro Baroja ha dedicado mucho espacio a las manifestaciones materiales y geográficas de las formas sociales. Este interés en la dimensión o expresión espacial de la organización social se entreteje en sus estudios etnológicos e históricos como un leitmotiv. No hay más que fijarse en “Los vascos” (1949) o en “Los pueblos de España” (1946) para comprender este enfoque. Escritos que se refieren específicamente a este punto son varios artículos en “Razas, pueblos y linajes” (1957) y en “La ciudad y el campo” (1966) y en un artículo muy interesante, “Sobre la casa, su ‘estructura’ y sus ‘funciones’ ” (1969).

Nos pide que miremos las distribuciones espaciales de las localidades y de los edificios, no sólo como un estudio de la historia de la tecnología y la arquitectura, sino como índices notables del tipo de vida social que existía y los conceptos culturales sobre los cuales se basarían tales formas. Por tanto, antes de sumirnos en la complicada reconstrucción de la vida social de otros periodos históricos, hemos de atenernos a los datos que todavía se pueden observar, y pensar en sus implicaciones. Además, la comparación de distintas formas espaciales puede también formar la base de interesantes investigaciones en torno a la historia social.

Si esto fuera todo, podríamos darlo por comprendido. Parece ser sencillamente la extensión de las técnicas arqueológicas al estudio de localidades en donde la gente no ha muerto todavía. A mí me parece que detrás de todo esto Caro Baroja tiene una idea más sutil.

Nos sugiere que las manifestaciones espaciales de la sociedad no son sólo construcciones pasivas del hombre. En primer lugar, la forma que una localidad toma al fundarse es una expresión de las condiciones materiales y sociales del lugar y de los modelos culturales de los habitantes. Por otro lado, una vez empezada esta dimensión espacial, relativamente inmutable por un período de tiempo, es un espacio organizado dentro del cual uno nace, vive y muere; del cual la vida social hereda ciertos matices. Ni tampoco termina aquí porque los efectos recíprocos de la dimensión espacial y las constantes adaptaciones culturales hechas por los habitantes hacen que el espacio sea a la vez expresión y componente del sistema cultural.

No hace falta más que observar al País Vasco con sus caseríos nominados que permanecen a través de las generaciones, proporcionando a la vida social un marco casi fijo que incluye relaciones entre moradores y vecinos, estratificaciones sociales, y aun relaciones entre los humanos y el orden universal. Así es que el arreglo espacial puede ser a la vez una expresión de la cultura y la fuerza transgeneracional que gravita sobre la vida social de la gente que lo habita.

Este punto de vista hace que sean los arreglos espaciales material importante para el historiador social y, su estudio comparativo, una obligación para los antropólogos, junto con los arquitectos y geógrafos.

¿Cuándo y cómo cambian las dimensiones espaciales de las formas de localidad? ¿Qué quieren decir estos cambios? Para Caro Baroja esto es una dimensión fundamental para el estudio de las transformaciones sociales.

Las minorías oprimidas

Uno de los aspectos más extensos y dramáticos de las obras de Caro Baroja no aparece hasta los años 50, señalando la plena madurez de sus poderes intelectuales. Me refiero a sus estudios de las minorías oprimidas. Los moriscos, judíos y criptojudíos y las brujas llegan a ser el enfoque de sus energías analíticas y parecen dominar entre sus múltiples intereses hasta el presente.

Estas obras, por la riqueza de los datos presentados y por su interés teórico e histórico, han sido la base de su reputación mundial. La intensidad con que se profundiza en este triste y a veces absurdamente irónico mundo de las divisiones y represiones étnicas y culturales unen al historiador social, al antropólogo cultural y al humanista en un solo instrumento de la comprensión. De aquí en adelante, los escritos de Caro Baroja, aun sobre estos temas, me parecen tener una unidad e intensidad que se manifiesta antes de manera sólo esporádica.

Aunque intensas, estas obras no señalan la transición de escolástico a tratadista polémico. Caro Baroja no condena, sino que desafía las existentes interpretaciones, ofreciéndonos una visión del extraño y poco comprendido orden de la experiencia humana que dio pie a algunas épocas agonizantes de la historia española y europea. Es una visión única de los problemas de las minorías y fricciones étnicas en la historia. Estos son temas de investigación para los cuales la combinación de talentos que tiene Caro Baroja está especialmente equipada. Requieren los mejores esfuerzos del historiador y del antropólogo cultural que busca comprender el papel de las minorías en la historia.

Sus obras importantes son muchas. En 1957 aparecieron a la vez “Los moriscos del Reino de Granada” y “Razas, pueblos y linajes” conteniendo esta última una variedad de artículos que tratan de la identidad étnica y de las minorías. De nuevo, en 1961, aparecen dos obras importantes, “Las brujas y su mundo” y “Los judíos en la España moderna y contemporánea”. Más tarde aparece un estudio amplio del mundo mágico de la inquisición, “Vidas mágicas e Inquisición” (1967) y su complemento, “El señor inquisidor y otras vidas por oficio” (1968). En los últimos meses del presente año ha aparecido “Inquisición, brujería y criptojudasismo” (1970), el cual incluye un estudio monográfico de la Inquisición, inédito, y su discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia sobre “La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV” (1963).

Ni tengo los conocimientos ni el espacio para tratar de este grupo de obras de una forma adecuada. Aquí me limito a sacar unas ideas importantes para el estudio de la historia y la antropología cultural.

El aspecto que más llama la atención del antropólogo cultural en estas obras es el elevado grado de mutabilidad que demuestran las identidades étnicas. Cambian, se aflojan, se endurecen, se transforman. No es ninguna exageración decir que la etnicidad parece ser otro de los viejos lugares comunes, uno muy popular en los escritos históricos y antropológicos.

Y he visto los efectos de este lugar común personalmente en un curso interdisciplinario en Cornell University. El tema eran los problemas de la integración en la historia europea, basado en el estudio específico de Francia, la Monarquía Dual y la Yugoslavia moderna. Nos encontramos con una amplia literatura de historia política que trata de explicar el éxito de la integración histórica de Francia, la caída de la Monarquía Dual y los problemas contemporáneos de Yugoslavia como consecuencias políticas de las divisiones étnicas. Superficialmente, tal interpretación parece ser lógica, porque los distintos grupos que luchaban y luchan por el poder se representan como grupos étnicos y regionales, utilizando ideologías étnicas al servicio de sus metas políticas. Un ejemplo serían los Magyares de Hungría.

Sin embargo, una considerable búsqueda bibliográfica no llegó a sacar evidencias antropológicamente aceptables de que estas diferencias étnicas realmente existían ni de que podían ser la causa ni de los éxitos ni de los fracasos de los estados. No es que las diferencias étnicas no tuvieran su influencia importante, pero encuentro muy dudoso el que tantos análisis de estos problemas se puedan basar en conceptos de diferencias étnicas sin que haya habido ningún esfuerzo de examinar la realidad de estas diferencias. De momento, estos análisis políticos se basan sobre las ideologías de los grupos con poder político, sin ninguna base objetiva en el análisis cultural.

Para mí esto lo indica la existencia de un lugar común. Hemos aceptado la interpretación étnica de estos asuntos porque suponemos que las ideologías políticas representan la situación étnica empírica. Las obras de Caro Baroja derrumban esta confianza.

Caro Baroja no desdice la existencia de las diferencias étnicas, sino que nos obliga a tomar un punto de vista más histórico y empírico en el análisis de las mismas. Primero se deben identificar las diferencias de que hablamos. Resulta que las identidades étnicas cambian constantemente, respondiendo a las presiones externas por medio del cambio interno. Por tanto, hemos de evitar ideas generales sobre los grupos étnicos. Al hablar de un grupo tenemos que especificar las diferencias étnicas de que hablamos, más el lugar, momento histórico y las condiciones sociales exactas. Si no, estamos hablando de generalidades sin mucha base o poco más que estereotipos históricos.

Además de esto, Caro Baroja constantemente hace hincapié en las dimensiones duales de la etnicidad, dimensiones que aumentan su complejidad política. Al estudiar las brujas, los judíos y los moriscos indica que los

conceptos mutuos que se tenían de las minorías y las mayorías en la sociedad ejercían una gran influencia sobre el desenvolvimiento de sus relaciones. Al estudiar las brujas, los judíos y los moriscos nos enseña no sólo lo que pensaban los inquisidores de las brujas y de sí mismos, sino lo que pensaban las brujas de sí mismas y de los inquisidores. Es importante porque estas ideologías mutuas a menudo definían el contexto mágico dentro del cual se enfrentan ambos grupos. En “Las brujas y su mundo” (1961) nos demuestra los cambios en la ideología oficial hacia la brujería desde la duda absoluta de su existencia a la certeza del peligro de Satanás sobre la tierra, para volver después a caer en la duda. Durante el período en que el mundo oficial creía en la eficacia de la brujería, acaeció el famoso pánico. En este sentido, la Inquisición tuvo lugar dentro de un mundo mágico cuya definición era aceptada por las brujas y los inquisidores. Era un mundo definido en un lugar definido y en un tiempo definido.

Estas recíprocas ideologías mutables y las causas sociales de su mutabilidad tienen una dimensión muy importante en la brujería. Lo mismo se puede decir con respecto a los moriscos y los judíos.

Aun habiendo aceptado la importancia de la ideología, queda mucho por hacer, porque hay que cruzar el límite de las ideologías y entrar en el campo de los datos más concretos sobre la etnicidad. Las ideologías no son una fuente de absoluta confianza para estos datos, y es necesario buscar datos que estén exentos, dentro de lo posible, de los matices ideológicos. Aquí se pueden integrar la antropología y la historia dentro de un único esquema de investigación.

Suprimidas las representaciones ideológicas, nos damos cuenta de que nuestros conocimientos en cuanto a los aspectos sustantivos de la etnicidad en Europa, son muy limitados. Caro Baroja pide que examinemos las bases culturales de las diferencias étnicas y la manera en que cambian, y nos da ejemplos claros de la metodología necesaria para ello en “Los moriscos del Reino de Granada” (1957) y “Los judíos en la España moderna y contemporánea” (1961). Hasta que no hayamos hecho esto de manera sistemática, creo que nos veremos obligados a rechazar, por falta de datos, cualquier interpretación de la historia española de diferentes grupos étnicos. Aun así, las numerosas obras de Caro Baroja sólo pueden considerarse como una introducción al problema, su solución queda para el futuro.

También esta parte de su obra sirve de modelo para el uso de datos primarios. En sus estudios sobre las minorías, Caro Baroja se ha valido más de las fuentes primarias, como son los archivos, actas notariales, etc., que de las interpretaciones secundarias. Para los estudios de las brujas y de los judíos dependió sobre todo de los Archivos de la Inquisición. La riqueza de este tipo de datos lo saben los historiadores, pero los antropólogos culturales todavía no han empezado a examinar de una forma sistemática el sinfín de datos de tipo

social y cultural que de ellos se pueden sacar. Es cuestión de darse cuenta de las enormes posibilidades que encierran y de aprender la paciente técnica del historiador.

La mente popular

La existencia de una mentalidad popular o el estudio sistemático de sus representaciones artísticas no son ideas o investigaciones nuevas. De hecho, así, más o menos, se describe el estudio del folklore. Sin embargo, Caro Baroja ha hecho unas contribuciones muy originales en este campo de estudio y ello forma una faceta más en su esfuerzo de integración de la historia y la antropología cultural.

Como preámbulo a esta parte debo hacer notar que el concepto de “lo popular” tiene capital importancia en la totalidad de las obras de Caro Baroja. “Lo popular” se puede considerar como la Carta Puebla de su historia antropológica o antropología histórica. Sus estudios no son sobre reyes ni élites de por sí, sino son estudios sobre las masas, del hombre común y corriente y sus eternos problemas. Aquí encuentro una herencia de la etnología y no de la historia. Caro Baroja mira los problemas de la historia siempre en sus dimensiones humanas, como problemas humanos necesitando soluciones humanas. Busca en la historia siempre los problemas humanos que la vida de un período o bajo ciertas circunstancias presenta a los hombres. En esto veo yo una unidad fundamental que une su etnología vasca y andaluza, los estudios de la historia chica, y los estudios de las minorías. En todo enfoca los problemas como problemas humanos, solucionados o no por hombres de carne y hueso, hombres que a menudo se equivocan y que se hacen daño, pero que luchan para imponer en sus vidas orden y significado.

Aquí creo ver la sombra de Pío Baroja guiando el entrenamiento de Julio Caro o, dicho de otra forma, aquí Caro Baroja logra unir el humanismo, la antropología y la historia en una visión total del hombre. Sea el testimonio de una bruja, la carta de un conquistador o una anécdota contada por un viejo vasco, lo que le atrae es la sencillez de las vidas aparentemente complicadas y la complejidad de las vidas aparentemente sencillas. Nada es demasiado pequeño para dejarlo fuera de su consideración, pues todo es la expresión del hombre que trata de vivir una vida finita y frágil dentro de un mundo complicado y peligroso.

Este afán de entender los problemas universales del hombre forma la base de sus obras y es una expresión de su fundamental interés en “lo popular”. Pero “lo popular” también tiene una dimensión más concreta porque en algunas obras estudia las varias expresiones de la mente popular de un modo que es histórico, antropológico y artístico a la vez. El ejemplo más destacado es el “Ensayo sobre la literatura de cordel” (1969).

El ensayo habla por sí mismo de estos temas y aquí sólo esbozaré un resumen. Primero, el ensayo demuestra que existe otro viejo lugar común que separa las formas populares y cultas del arte en dos categorías completamente distintas. Este lugar común generalmente niega cualquier valor trascendental al arte popular, lo incluye en la categoría del arte folklórico y lo romantiza. Esto se demuestra ampliamente con la literatura de cordel.

Caro Baroja examina esta literatura demostrando que, en primer lugar, el cordel se vale de un grupo de símbolos bastante consistente. Hace uso, además, de técnicas literarias y símbolos que tienen un significado profundo para su público. Esta estructura y simbolismo crea en estas expresiones de la mentalidad popular un orden artístico que los críticos literarios no hubieran esperado.

Esto abre la posibilidad de que el arte verdadero no sea del dominio exclusivo de las élites intelectuales. Caro Baroja nos propone que el arte popular nos puede enseñar mucho sobre la mente popular y que hemos de aceptar la idea de que las distintas clases sociales pueden tener representaciones artísticas distintas, pero a la vez que todos los niveles sociales pueden producir obras de gran valor expresivo y artístico. Así que no sólo hay un orden inesperado en las expresiones de la mente popular, sino que además es un orden casi totalmente desconocido, con importantes rasgos estéticos.

Creo que el estudio de este orden es interesante de por sí, pero a la vez nos proporciona un interesante esbozo de la antropología cultural académica. Durante los últimos quince años, la antropología ha ido desarrollando un interés por las formas de la acción simbólica en las sociedades del mundo y por la búsqueda de ideas o categorías simbólicas universales en la mentalidad humana (empresa, en realidad, muy antigua). Claude Lévi-Strauss, en sus estudios del totemismo, del pensamiento salvaje y de la mitología, ha tratado de descubrir la estructura fundamental de la mente humana que da origen a los patrones consistentes que se pueden encontrar en todas las sociedades humanas, según él (1963, 1966). Victor Turner (1967, 1969) y todo un grupo de antropólogos tratan de descubrir un tipo de gramática de la mente popular, alabándose a menudo con un poco de extravagancia.

El “Ensayo sobre la literatura de cordel” y también el extenso ensayo sobre los conceptos del honor y la vergüenza (1964) colocan a Caro Baroja en una linde muy cercana a todos estos antropólogos, con la diferencia de que es menos extravagante teóricamente y está mucho mejor informado sobre el contexto histórico-social en que se encuentran los símbolos estudiados. Por lo tanto, va avanzando por un campo que es de lo más “avant-garde” en la antropología moderna. En sí, tal hecho no importa mucho, pero demuestra que el estudio sistemático de la mente popular europea puede llegar a tener una importancia dentro de la antropología moderna. Y de nuevo Caro Baroja nos proporciona un modelo de estudio que se puede utilizar para desarrollar este tipo de investigación.

La vida como una narrativa

El aspecto final de sus obras que quiero presentar es lo que he denominado el estudio de la vida como una narrativa, apropiándome un concepto de James Peacock (1969) fuera de su contexto original. Este concepto en forma definida es muy reciente en la obra de Caro Baroja y ha aparecido concretamente en “El señor inquisidor y otras vidas por oficio” (1968) y ha formado la estructura básica de “Vidas mágicas e Inquisición” (1967).

Se trata de un método de solucionar el complicadísimo problema de cómo enfocar la biografía de los personajes históricos sin caer en la cronología ni en “su vida y sus tiempos” ni en fantasías románticas. Caro Baroja inventa un método antropológico para hacer la biografía según el cual las personas se estudian de acuerdo con los conceptos cardinales que tienen de sí mismas y de su ambiente. Estos conceptos o ideas gravitan sobre sus vidas de tal forma que a veces determinan sus acciones en los momentos críticos de su destino y, por lo tanto, determinan el rumbo de la historia. Las “vidas por oficio” y las “vidas mágicas” son dos expresiones de este concepto de ideas cardinales que gravitan sobre las vidas de las personas, y se desarrolla dramáticamente en el contraste de Lope de Aguirre, “el traidor”, con Pedro de Ursúa, “el caballero”, y también en las vidas contrastadas de los inquisidores y las brujas.

Este concepto de las ideas cardinales nos permite nuevas dimensiones en los estudios biográficos porque con él podemos explorar el nexo entre el mundo mítico-ideal y el mundo real-social de las personas por medio de vidas concretas. Por lo tanto, añade una perspectiva al estudio de la cultura y sociedad de los períodos históricos, mientras que explica las actuaciones de los individuos que tuvieron papeles de importancia en el curso de la historia.

De otro lado, el concepto del conjunto de ideas que gravitan sobre las vidas de los individuos puede considerarse como complemento al concepto de la manera en que las dimensiones espaciales gravitan sobre la vida social de los pueblos. Ambos denotan una coacción semejante y los cambios que las personas ejercen sobre las circunstancias. Aunque no es su propósito expreso, “La hora navarra del XVIII” (1969) reúne estos dos aspectos en un convincente retrato de la sociedad española dieciochesca.

Conclusiones

Aun este inventario incompleto de las obras de Caro Baroja puede proporcionarle al lector una idea clara de la variedad de sus obras y su originalidad fundamental. Al escribir acerca de don Manuel Gómez Moreno (1970), Caro Baroja señaló su capacidad de “empezar”, de abrir nuevos caminos. Creo que esa característica se le puede aplicar a don Julio también. Sus investigaciones han sido siempre en campos desconocidos o sobre dimensiones nuevas de campos ya conocidos. Si muchas obras suyas tienen un tono tentativo y hasta apologetico es, en parte, debido a su humildad, pero más que nada son

producto de trabajos hechos en regiones donde no hay precedentes. Ya con sus precedentes podemos seguir.

Además sus obras llevan el sello de su visión de la complejidad, hermosura y tragedia de lo que son fenómenos y vidas al parecer tan sencillas. Su redescubrimiento de la enorme complejidad de la vida de un solo hombre sencillo hace que la historia humana presente un espectáculo casi aterrador. Este sentido de complejidad le ha llevado a destruir una variedad de lugares comunes y les da, hasta a sus obras más particularistas, una cierta universalidad. En este sentido, lo específico y lo universal se unen. Al mirar la ciudad y el campo, la historia grande y la historia chica, la mente popular, las minorías oprimidas y la vida como narrativa vemos un panorama en el que los problemas humanos universales adquieren múltiples facetas.

Aunque aquí me he dedicado a una exposición de la variedad de las ideas de Caro Baroja, especialmente las que se relacionan con la cooperación entre la historia y la antropología, no quiero dejar al lector con una visión eufórica de sus obras. A menudo son difíciles de leer, especialmente para el extranjero.

Aunque en los últimos años los objetos teóricos de sus escritos han sido más explícitos, frecuentemente deja sus intenciones e interpretaciones tan entretejidas en el texto que un extraño a su filosofía no puede determinar con facilidad ni las metas de la obra ni su relación con otras interpretaciones de los mismos temas. En parte, es una cuestión de estilos intelectuales, porque los historiadores y antropólogos americanos e ingleses tienden a exponer sus teorías de una forma demasiado extensiva y abstracta.

Sin embargo, me parece que gran parte de la originalidad de sus obras ha pasado desapercibida porque él proporciona poca información preambular sobre sus propósitos teóricos. Por un lado, esto achica su público y, por otro lado, afecta a las obras mismas, a veces dejándolas incompletas.

Cierto grado de humildad es una virtud, pero en el mundo escolástico de hoy hace falta un poco de auto-publicidad, aunque sólo sea para llamar la atención de los estudiosos que se pueden interesar en sus ideas y que las pueden criticar y elaborar.

A través de este ensayo yo quiero poner de manifiesto mi enorme respeto por las obras y la personalidad de Julio Caro Baroja, y este artículo es, en cierto sentido, un homenaje que le dedico. Pero, dadas sus obras e intereses, el único homenaje que vale la pena es el de seguir las investigaciones que él ha iniciado.

Notas biográficas

Lo que sigue no es una biografía, sino unos apuntes que podrían servirle a un biógrafo como punto de partida. Aquí sólo sirve para situar a Julio Caro Baroja dentro del ámbito intelectual español.

Como todas las vidas son diferentes, no descubro la pólvora al afirmar que la vida de Caro Baroja ha sido única. De hecho tiene muchos elementos en común con las vidas de otros intelectuales en este siglo quebrado por guerras fraticidas. No obstante, su camino hacia el presente es testimonio de una mentalidad fuerte que ha logrado sobreponerse a muchos obstáculos.

Nació en Madrid en 1914 y, por lo tanto, tenía veintitrés años cuando estalló la guerra civil. La guerra separó a su familia, vio la muerte de amigos y colegas suyos y cambió definitivamente el curso de su vida apartándole de la cátedra, que era su meta, y lo lanzó hacia una vida de estudios independientes. En estos tiempos de tanta actividad académica es casi un anacronismo porque ha llegado a tener una reputación internacional de escolar sin haber ejercido una cátedra y sin contar con un grupo de discípulos universitarios como tales. Ha vivido y estudiado con la libertad de no tener obligaciones académicas, pero ha llevado el peso de mucha soledad y, durante algún tiempo, una subsistencia muy insegura. Y, finalmente, es un Baroja, afirmando con esto que, al fin y al cabo, Pío Baroja ha sido quien mayor influencia personal e intelectual ha ejercido sobre su vida.

Claro es que para un hombre de mi edad (nacido después de la guerra civil), y extranjero además, resulta difícil comprender el ambiente en que Caro Baroja se formó. Pero a base de nuestras charlas y unos datos que me ha proporcionado he elaborado los apuntes que siguen.

Julio Caro nació hace cincuenta y siete años, hijo de Rafael Caro Reggio y Carmen Baroja y Nessi, seguido después de trece años por su hermano, Pío. Rafael Caro era, evidentemente, un hombre con algunos talentos artísticos, pero de un temperamento extremo. Era impresor y editor, pero no tuvo grandes éxitos en ninguna de las dos cosas. Murió en 1943, a los cincuenta y siete años, gastado e infeliz. Su mujer, Carmen Baroja, era hija de Serafín Baroja Zornoza y Carmen Nessi y Goñi. Su madre y sus dos hermanos, Ricardo y Pío Baroja y Nessi, mantuvieron estrechas relaciones familiares durante su vida y don Julio pasó la mayor parte de su juventud con ellos, recibiendo una educación y orientación muy fundamental en el seno de esta familia.

Don Julio, enfermizo durante su niñez y primera juventud, terminó el bachillerato en el Instituto Escuela de Madrid en 1931 y siguió directamente a la Universidad de Madrid con la idea de llegar a ser catedrático. Le interesaba la historia, especialmente la prehistoria. Pero sobrevino la guerra civil. La pasó en la casa de Pío Baroja, "Itzea", en Vera de Bidasoa (Navarra), sumido en la depresión, aislado, leyendo frenéticamente, herido en lo más profundo de sus emociones.

En 1940 terminó el doctorado en Madrid con buenas notas, pero confrontado con un mundo de incertidumbres y problemas, entre ellos sus apellidos. Al fin consiguió un puesto en el Instituto Británico como secretario de Walter

Starkie, antiguo amigo de Pío Baroja. Durante esta época empezó a publicar unos ensayos de etnografía y a tener una pequeña reputación en esta especialidad.

Con el tiempo, y por mediación de don José Ferrandis, le fue ofrecido el puesto de director del Museo del Pueblo Español, donde trabajó intensamente durante los años 50, administrando y aumentando las colecciones y escribiendo mucho sobre la tecnología. Pero al fin dimitió porque ya se había sobrepuesto a la depresión causada por la guerra civil y le resultaba estrecho el trabajo rutinario del Museo. Hizo unas investigaciones en el Sáhara y en Marruecos y empezó a escribir extensamente sobre el Sáhara, Marruecos y, luego, sobre los moriscos, los judíos y las brujas. Poco a poco fue ganando una reputación peninsular y mundial como historiador social y antropólogo. En 1963 entró en la Real Academia de la Historia, la única posición académica que ha tenido.

Hablar de influencias y orientaciones es siempre terreno peligroso en una biografía, y no menos peligroso aquí. Está claro que recibió una educación excelente de manos de muchos buenos maestros, pero también es claro que la influencia más profunda y duradera fue la ejercida por su propia familia. Su madre era mujer de muchos talentos, intelectuales y artísticos, que en otro momento histórico y en otro lugar sin duda pudiera haber seguido una carrera profesional. Su tío Ricardo, pintor de alguna fama, le creó un profundo interés y sensibilidad hacia el arte, que aún le dura, y a la vez le explicó doctrinas del darwinismo social y de marxismo, contra las cuales don Julio se rebeló algo.

Pero el mayor papel en esta formación familiar le corresponde a Pío Baroja, que le abrió al mundo de las ideas, entre ellas la del idealismo kantiano, que es uno de los fundamentos de todas sus obras. Pero, a mi parecer, el efecto de don Pío sobre don Julio llegó mucho más allá de las ideas. Uno tendría que leer las obras completas de los dos, juntas, para poder trazar las relaciones que existen entre ellas, pero a mí me impresiona el ver cuánto se asemejan en su visión de la condición humana. En las vidas sencillas encuentran una profundidad de sentimiento y complejidad que es la naturaleza innegable del hombre. Ambos han vivido observando y experimentando tragedia y dolor, conscientes de la mezquindad del hombre, pero teniéndole compasión por sus múltiples tragedias y debilidades. Y ambos han sido abogados de la gente común, la gente que sufre y calla. También tienen temas en común: el País Vasco, Andalucía y la historia social. Pero lo que verdaderamente comparten es la visión de la vida humana.

Tal vez lo más importante de todo es la convicción que tiene don Julio de ser discípulo de su tío. Pío Baroja, sus obras, sus ideas, su “carisma”, sus amistades y su ambiente intelectual han gravitado sobre las vidas mágicas y vidas por oficio sobre las que él ha escrito.

Influencias de tipo más convencional se pueden encontrar en el ámbito universitario y académico en general en la persona de profesores, orientadores

y amigos. Estudió con Obermaier y recibió orientación de Gómez Moreno, Menéndez Pidal y Trimborn. A menudo pasó sus días en el País Vasco con don Telesforo de Aranzadi y don José Miguel de Barandiarán, con los cuales desarrolló su vocación de etnólogo y de prehistoriador. Sus obras son buen índice de la alta calidad de este entrenamiento.

Durante el período de 1930 a 1936 se profundizó en la antropología social inglesa y la antropología cultural americana, familiarizándose con las obras de Tylor, Frazer, Lowie, Goldenweiser y, más tarde, la Radcliffe-Brown, Evans-Pritchard y Boas. Pero pronto se desilusionó de la antropología estructuralista-funcionalista porque su orientación tan sumamente sincrónica le valía poco en el estudio de la sociedad española. Al fin, rechazó la apelación de etnólogo o antropólogo, llamándose a sí mismo historiador social para subrayar su interés en los aspectos diacrónicos de la sociedad. Sin embargo, la antropología, en cuanto a sus conceptos básicos como “cultura”, “parentesco” y “sociedad” sigue formando una parte importante de su punto de vista.

Hacia el final de la década de los 40 empezó a tener relaciones con algunos antropólogos extranjeros que trabajaban en España. Tuvo un encuentro breve con Oscar Lewis y luego entabló relaciones con George Foster y Julian Pitt-Rivers. Estos dos llegaron a ser amigos y colaboradores de don Julio. Por medio de Foster, don Julio visitó los Estados Unidos y luego, con Pitt-Rivers, pasó algún tiempo con los antropólogos de Oxford y Londres.

Según él, en los años 50 empezó a tener interés etnológico por el norte de Africa, resultando en una expedición etnológica al Sáhara y a Marruecos. Fue allí donde empezó a tener curiosidad por la cuestión de los moriscos, que más tarde resultó en el estudio de los moriscos en Granada. Después de esto, y con mayor intensidad, pasó a otras minorías, primero los judíos y luego las brujas, y llegó a escribir sus obras más dramáticas sobre la Inquisición.

Todos estos comentarios ni forman una biografía buena ni un retrato intelectual, pero alguna conclusión se puede sacar. Don Julio empezó la vida como un niño brillante, pero de salud delicada, en el corazón de una familia artística e intelectual. Justo al empezar a ordenar su vida y a alcanzar su meta de ser catedrático, la guerra civil y la segunda guerra mundial intervinieron. Le deshicieron sus relaciones sociales, dispersó a su familia y, según creo, le hirieron profundamente. Se retrajo del mundo, aislándose en Itzea y después en los estudios, sólo volviendo a salir de sí mismo después de muchos años. La guerra y sus cambios personales le apartaron de la universidad, dándole cierta libertad de obligaciones y de escuelas intelectuales, pero causándole el vivir aislado y, durante algunos años, con pocos recursos.

Al fin salió del ámbito estrecho pero seguro de la prehistoria y de la etnología a un interés cada vez más positivo en los grandes problemas sociales, especialmente las persecuciones históricas de las minorías. Por medio de este interés ha podido forjar una síntesis de sus raíces humanistas, sus intere-

ses intelectuales y su sentido de compasión por los problemas humanos. Siendo joven fue repentinamente envejecido por las guerras que le amenazaban con el caos absoluto, pero al fin, por su interés en las minorías, su juventud intelectual volvió como un torrente desde la publicación de “Los moriscos del Reino de Granada”, un torrente que no da señales de acabarse. Para mí, esto es testimonio de su fuerza de voluntad y su compasión, porque el aislamiento y el cinismo hubieran sido mucho más fáciles.

Ahora don Julio divide su tiempo entre Madrid, donde vive con su hermano, Pío, su cuñada y sus sobrinos, e “Itzea”. Gran parte del año la pasa en “Itzea”, en Vera de Bidasoa, la antigua y hermosísima casa de Pío Baroja, que don Julio ha mantenido con dedicación y afecto entrañable. De cuando en cuando viaja al extranjero, habiendo visitado los Estados Unidos, Francia y el Perú este año. De momento está terminando una historia social de Navarra y empezando a escribir sus memorias.

Para mí ha sido maestro, guía y amigo. Pienso, sin embargo, que su labor de maestro y guía no debe quedarse limitado a algo personal, porque más que ningún otro etnólogo o historiador social español hasta el presente ha dejado un récord público de sus pensamientos para guiar a quien quiera seguirle.

TITULOS

- Académico de Número de la Real Academia de la Historia.
- Académico de Número de la Real Academia Española.
- Académico de Honor de la Real Academia de la Lengua Vasca-
Euskaltzaindia.
- Miembro de la Academia de Buenas Letras de Barcelona.
- Miembro de la Academia de Buenas Letras de Málaga.
- Miembro de la *Hispanic Society of America*.
- Miembro del Instituto Arqueológico Alemán.
- Miembro de la Sociedad de Arqueólogos Portugueses.
- Miembro de las Academias americanas asociadas a la Real Academia de la Historia.
- Miembro de Honor de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País- *Euskal Herriaren Adiskideen Elkarte*.
- Miembro de la Sociedad de Estudios Vascos- *Eusko Ikaskuntza*.
- Premio “Giuseppe Pitre” (folklore) de Sicilia.
- Premio de las Letras del Ministerio de Cultura.
- Medalla de Oro de Bellas Artes.
- Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales.
- Hijo Adoptivo y Medalla de Oro de Navarra.
- Hijo Predilecto de Madrid.
- *Honorary fellow of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*.

- *Doctor Honoris* causa por la Universidad de Burdeos.
- Presidente del Ateneo Guipuzcoano.
- Expresidente de la Sociedad para la Amistad Hispano-Israelí.
- Expresidente de la Sociedad de Antropología de Madrid.

EJERCICIO DOCENTE

- Profesor de Etnología General en la Universidad de Coimbra, siendo nombrado profesor titular de aquella Universidad con carácter permanente.
- Director de Estudios, a título de extranjero, en *l'Ecole Pratique des Hautes Etudes* de París en la Sección de Historia Social y Económica.
- Profesor Extraordinario de la Universidad de Winsconsin (Madison), USA.
- Profesor Extraordinario de la Universidad de Deusto.
- Catedrático jubilado de la Universidad del País Vasco- *Euskal Herriko Unibertsitatea*: explica “Antropología Filosófica” en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de San Sebastián-Donostia.

OTRAS ACTIVIDADES

- Director del Museo del Pueblo Español (Madrid).
- Colaborador y Secretario del Centro de Etnología Peninsular.
- Colaborador en el Instituto de Humanidades.
- Director de la III Semana de Antropología Vasca de Bilbao.
- Director de la Revista de Dialectología y Tradiciones Populares (CSIC).
- Director de la Revista Internacional de Estudios Vascos (2.a etapa).
- Exposición de dibujos etnográficos en Madrid, Roma, Barcelona, Bilbao y San Sebastián.